



# HEGEMONÍA

**Palabras clave:** consumismo, homo faber, consumo, acción, vida política, mundo común.

*Consumismo: el triunfo del homo faber en la sociedad de consumidores. Algunas consecuencias del consumismo en el ámbito socio-político.*

*Daniela Rangel Rojas\**

## Resumen

El presente trabajo pretende hacer una breve lectura del fenómeno del consumismo a la luz de la obra *Vida de Consumo* del sociólogo Zygmunt Bauman y del triunfo del homo faber, a partir del texto filosófico *La Condición Humana* de la filósofa alemana Hannah Arendt, para así enunciar algunas de las consecuencias que trae consigo la imposición de la cultura consumista y cómo éstas pueden afectar la vida política. Pues ante una época que pone los pilares de la estructura social en el consumo desmedido, vale la pena hacer el ejercicio de cuestionarse cómo estas prácticas, aparentemente individuales, pueden afectar el entramado socio-político.

## Abstract

The present work aims to make a brief reading of the phenomenon of consumerism in the light of the work *Consuming Life* by the sociologist Zygmunt Bauman. At the same time, a reading of the triumph of Homo Faber, which is based on the philosophical text *The Human Condition* by the German philosopher Hannah Arendt, to state some of the consequences that the imposition of consumer culture brings with it and how these can affect political life. Due to an era that places the pillars of the social structure on excessive consumption, it is worth wondering how these individual practices can affect the socio-political framework.

**Key words:** consumerism, homo faber, consumption, action, political life, world common.

\* Estudiante de último semestre de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda. Correo: danielarangelr@hotmail.com

<sup>2</sup> Autores como Bauman, Lipovetsky, Morin, entre otros, han estudiado el fenómeno del consumismo, sus posibles causas, las circunstancias en las que surge y cómo es su impacto en la sociedad humana.

## Introducción

El consumo en la vida de producción, previa a la de esencialmente de consumo, se daba con el único propósito de suplir las necesidades propias de la existencia. No obstante, posteriormente y con el desarrollo acelerado de la técnica, el consumo pasó a ser lo central de la vida social, pero no ya como una necesidad natural, sino como una necesidad construida bajo el carácter de lo útil. De este modo, se empieza a constituir la sociedad de consumo.

Ya en este siglo se hace evidente la preeminencia de la sociedad de consumo, cuyo principal objetivo es la producción de bienes que puedan suplir todo tipo de necesidades del hombre. Además, se caracteriza por ser constante y en ascenso. Es decir, que procura elaborar elementos cada vez mejores y más novedosos, con el único propósito de que los anteriores sean reemplazados.

Por lo anterior, algunos sociólogos<sup>2</sup> se refieren a esta como una sociedad de consumidores, caracterizada por el consumismo. Se le llama ‘consumismo’ cuando el consumo se ha convertido ya en el atributo esencial de la sociedad que determina muchos de los comportamientos de las personas. Cuando este ha llegado a ser **“el propósito mismo de la existencia”** (Bauman, 2007, p. 77). Este fenómeno hace que el querer humano se encuentre alienado, puesto que reduce su finalidad a la adquisición abundante de productos.

En este orden de ideas, se evidencia que actualmente impera esta mentalidad del trabajo enfocada a la producción de bienes de consumo, los cuales son hechos con una vida útil corta para agilizar la cadena de consumo. Esto, además, trae consigo una serie de consecuencias, de las cuales se enunciarán algunas, que entorpecen el reconocimiento del otro en su dignidad personal y dificultan, a la vez, la construcción del mundo común, aquel que supera el tiempo vital del hombre (Arendt, 2005).

# *Una sociedad de* **CONSUMIDORES**

La sociedad de consumidores delimita las condiciones de la existencia a partir de una cultura del consumismo, es decir, de aquella donde se da una inversión entre la durabilidad y la transitoriedad. Con esto, se desaprueba toda opción cultural alternativa (Bauman, 2007). Por tanto, en dicha sociedad ya no habría distinción de clases, ni tampoco de género o edades, pues lo importante es su derecho y, a la vez, su deber de consumir como masa. No se da ya una exclusión debido a la organización del sistema, sino por los individuos de esta sociedad que se han tomado el papel de juzgar la pertenencia a la sociedad según los bienes de consumo.

De este modo, consumir se convierte en un valor social que determina la aceptación social y personal, pues, en la sociedad de consumidores, consumir le da al individuo afirmación de sí mismo, seguridad y autoestima. De ahí la preocupación de los individuos por regirse según las condiciones dadas por el consumo, según sus estereotipos, que se tornan en criterios universales para la sociedad.

Esta sociedad, sin embargo, no se centra en la satisfacción de las necesidades; su propósito último es reconvertir al consumidor en producto. Es decir, los miembros hacen de ellos mismos bienes de consumo, se hacen vendibles para ser “comprados” por la misma sociedad. De modo que el mayor temor de esta sociedad es la vergüenza del fracaso en el “hacerse” a uno mismo.

El tipo de relación de una cultura consumista consiste en una pura relación focalizada en la utilidad y la gratificación. Esto está en las antípodas de la amistad, la dedicación, la solidaridad y el amor, de esas relaciones de “nosotros dos” considerados como la argamasa del edificio de la unión humana (Bauman, 2007). Así, se da una relación que, en esa ausencia de la consideración del otro, no tiene límites éticos.

El problema de esto es que la felicidad que promete el camino del amor y de la amistad resulta un tanto difícil de recorrer, pues exige la renuncia personal en diferentes aspectos, lo que un consumidor no está dispuesto a hacer. Antes bien, prefiere recorrer el camino del consumismo que promete ser un



En una cultura consumista los bienes de consumo -siendo medios- se consideran como fines en sí mismos.

El ciclo del consumo inicia con la identificación de una necesidad y termina con la consecución del bien que suple esa necesidad, y así sucesivamente en un círculo interminable. El problema se da cuando el hombre pone el sentido de su existencia en este movimiento constante, pues puede quedar encerrado en su autorreferencialidad.

camino fácil para alcanzar la felicidad. Sin embargo, lo que se alcanza, más bien, es un estado de satisfacción. Pues nunca llega a ser un estado prolongado ni de total plenitud.

Es cierto que la vida de consumo conduce al adquirir y desechar en un círculo interminable. Sin embargo, más que esto, se trata de un estar en movimiento. A diferencia del principio ético de la demora de la gratificación en la vida de producción, considera Max Weber que en la de consumo lo primordial es evitar que la satisfacción del consumidor se vuelva duradera (Bauman, 2007).

Para una cultura consumista la satisfacción duradera se convierte en una amenaza, debido a que representa un estancamiento económico y cultural ya que el hombre siempre debe tener necesidades que exigen productos de consumo para satisfacerlos. Así pues, no se busca satisfacer al consumidor plenamente, sino parcialmente y, junto a esto, poco a poco ir generando nuevas necesidades a fin de hacerlo un ser insaciable.

Karl Marx de cierta manera previó el peligro del consumismo, pues cuando el hombre se encuentra sometido bajo el yugo de la necesidad limita el desarrollo de su libertad. Es por esto que él insistió en el hecho de que no debía buscarse la emancipación de la clase laborante, ya lograda, sino la emancipación de la necesidad, en últimas, del consumo (Arendt, 2005). Esta es considerada la utopía de Marx, pues aquel consumo debía reducir la cantidad de tiempo de producción para poder tener un tiempo

de ocio para las actividades sublimes. Sin embargo, precisamente, hoy día, ese tiempo de ocio se dedica al consumo.

**Lo esencial de la sociedad de productores era el trabajo. Esto le daba un valor especial al individuo frente a la colectividad, generaba identidad, seguridad y daba lugar a instituciones sociales. No obstante, esto ha sido desplazado ahora por el consumismo, donde lo central es el mercado, por lo que se han generado nuevas formas de producir a partir de una economía del engaño (Posadas, 2013).**

Con todo esto, Bauman identifica que el consumismo que rige a la sociedad moderna no pretende satisfacer necesidades de ningún tipo, sino que apuntan al deseo. El deseo es autogenerado y mucho más volátil que una necesidad, pues siempre se tiene como objeto a sí mismo. En este sentido, el deseo, bien sea material o psicológico, es insaciable. Sin embargo, para la sociedad capitalista el deseo no es conveniente en tanto que le permitía a la persona buscar una definición de sí mismo por medio de sus posesiones. De modo que se hace necesario reemplazar el deseo por el anhelo, el cual simplemente se satisface. Ya no se busca en él ningún tipo de autoaprobación (Bauman, 2002).

## *El triunfo del* **HOMO FABER**

La filósofa alemana Hannah Arendt en su obra *La Condición Humana* hace la distinción entre los términos labor, trabajo o fabricación y acción. La labor es una actividad repetitiva que se encuentra ligada al ciclo de la vida, mientras que por medio de la labor (o trabajo) se da la construcción de mundo. Por último, la acción es el medio por el que el hombre organiza la convivencia con otros seres humanos, es decir, hace referencia a la esfera política, aquella que se da en el espacio público (*Arendt, 1964*).

La actividad laborativa tiene razón de ser por la subsistencia. Esta, al estar ligada a la vida orgánica, es una actividad de índole natural. Se encuentra directamente relacionada con la satisfacción de las necesidades básicas humanas. Desde sus inicios, la labor ha estado ligada al consumir, pues los productos de la labor son bienes de consumo y, por lo tanto, poco duraderos. De hecho, que el producto desaparezca por el consumo hace parte del proceso de producción.

Por otro lado, la fabricación se centra en la utilidad. El producto de esta actividad es de mayor durabilidad, o cual permite construir un mundo

más estable. Por lo que aquí entra en juego la técnica que ha desarrollado el homo faber para producir elementos que permitan dar alojamiento al cuerpo humano (*Arendt, 1964*), los cuales hacen la vida natural más fácil. De ahí que la condición de su existencia sea la mundanidad, es decir, un mundo construido por él mismo.

El homo faber ha dado lugar a la era de la técnica, aquella en la que el individuo construye su identidad a partir de “mis cosas”. La durabilidad de este nuevo producto permite que el hombre se identifique y encuentre seguridad en las cosas que lo rodean. Esta época permea todas las dimensiones humanas. Inclusive, la labor pasa a estar mediada por los productos del homo faber, los cuales se hacen necesarios para satisfacer esas necesidades de las que la labor se encargaba.

La labor, al ser una tarea propia de la naturaleza, es cíclica, no tiene principio ni fin. Así pues, el animal laborans se encuentra sometido, sujeto a su necesidad. Por el contrario, el homo faber es dueño y señor, no solo de la naturaleza que ha dominado, sino también de sí mismo y de sus actos. Por tanto, es libre tanto para crear,

“vivimos, hoy, bajo el dominio de la mentalidad de laborantes, lo cual quiere decir que lo vemos casi todo a través de las gafas del consumo” (Esquirol, 2011, p. 98).

como para destruir. Pero al construir las máquinas se ajustó a que estas fueran condición inalienable de su existencia. La mediación de la máquina se ha convertido, similar en el caso de la labor, en bienes como de necesidad natural.

Este carácter de necesidad que toman los elementos de la técnica conduce a que se pierda el carácter de durabilidad que era propio de los productos de la fabricación. Así pues, estos bienes se hacen objeto del consumo. Arendt lo explica de la siguiente manera:

*En nuestra necesidad de reemplazar cada vez más rápidamente las cosas que nos rodean, ya no podemos permitirnos usarlas, respetar y preservar su inherente carácter durable; debemos consumir, devorar, por decirlo así, nuestras casas, muebles y coches, como si fueran las “buenas cosas” de la naturaleza que se estropean inútilmente y no se llevan con la máxima rapidez al interminable ciclo del metabolismo del hombre con la naturaleza. (2005, p.135)*

De este modo, las cosas pierden su valor porque se convierten en artículos de primera necesidad, es decir, se consumen. Su valor depende de las estimaciones de la oferta y la demanda que establece el mercado, y no por lo que representan en sí mismas.

De hecho, el propósito del homo faber de fabricar un mundo durable ha sido sacrificado por la abundancia propia del animal laborans. Así, el trabajo, antes sinónimo de realización personal, se ha reducido a la labor, a un medio para poder consumir. Por esto, se puede decir que: **“vivimos, hoy, bajo el dominio de la mentalidad de laborantes, lo cual quiere decir que lo vemos casi todo a través de las gafas del consumo”** (Esquirol, 2011, p. 98). Es decir, los bienes de uso son ahora de consumo, prácticamente tienen la misma durabilidad que la de los alimentos.

Así pues, se llega al triunfo del homo faber, pues todo está mediado por sus artefactos. Esto, sin embargo, representa una instrumentalización del mundo común y de la Tierra. Se cae, pues, en un utilitarismo antropocéntrico. Hay una pérdida total del valor intrínseco de las cosas, pues sirven en tanto que están en función del hombre. De este modo, se da el paso del mundo sin sujeto, pues una vez instrumentalizado el mundo el hombre pasa a ser un administrador más que un hacedor o pensador (Arendt, 2005). Así pues, donde lo primordial era el mundo y la Tierra, ahora lo son las lógicas de la oferta y la demanda, donde el valor de las cosas depende de los fines que el homo faber establezca.

El mundo del homo faber trae consigo sensación de fugacidad y evanescencia. Pues, al quitar el valor y el carácter de durabilidad de las cosas, se conduce a una pérdida de identidad, ya que aquellas cosas que lo definían se esfuman con la futilidad propia de los bienes de consumo. De este modo, el espacio público queda reducido al mercado de cambio, donde muestra los productos de sus manos y lo estima por medio de un valor dado (*Arendt, 2005*).

En esta esfera mediada por las normas del momento, en donde se desvanece todo modelo o principio universal, el hombre que fabrica se convierte en la suprema medida, en el soberano. De ahí la relación entre la instrumentalización y la sociedad de consumo, pues esta última no logra desarrollarse sino es por la imposición previa de la primera. Al hacerse condición de posibilidad, todo se reduce a medios para el consumo, incluso la persona misma se convierte en bien de consumo.

Se puede evidenciar, entonces, que la técnica es la imagen del triunfo del homo faber, con la posibilidad de hacer productos durables que facilitan las labores del hombre, pero que el consumo ha hecho que el triunfo del homo faber se convierta en un regreso a la sociedad de laborantes. Así que los bienes útiles asumen algo más que un simple carácter instrumental. Esto sucede porque el consumo le quita el carácter de instrumental a los productos del homo faber, convirtiéndolos en bienes de consumo, quitándoles así la durabilidad propia de los elementos de la técnica.

Para el fabricante, todo lo que hace con sus manos se convierte en su existencia, puesto que la condicionan. Sin embargo, ya no se trata de solo un condicionamiento, sino de una necesidad vital. El hombre ha hecho de la máquina condición inalienable de su existencia. Con los instrumentos del laborante era distinto, porque seguían siendo medios, pero ahora el hombre está al servicio de la máquina y es el hombre quien se adopta al ritmo automatizado de la máquina.

En este orden de ideas, se puede afirmar que ha habido un paso de una sociedad de productores a una de consumidores. Se ha pasado de una sociedad caracterizada por la regulación de la conformidad con lo necesario a una en la que se erige sin ningún tipo de normatividad más que la del anhelo (*Bauman, 2002*). Así pues, el triunfo del homo faber, bajo el ciclo del laborante, supone también el triunfo del consumismo. El desarrollo de la técnica, como ganancia, sin embargo, supone también una pérdida, porque para el homo faber el fin justifica los medios, **“el fin justifica la violencia ejercida sobre la naturaleza para obtener el material”** (*Arendt, 2005, p. 171*). Resulta necesario, entonces, cuestionarse qué se sacrifica con la instrumentalización del mundo y de la vida.

El homo faber ha dado lugar a la era de la técnica, aquella en la que el individuo construye su identidad a partir de “mis cosas”. La durabilidad de este nuevo producto permite que el hombre se identifique y encuentre seguridad en las cosas que lo rodean. Esta época permea todas las dimensiones humanas. Inclusive, la labor pasa a estar mediada por los productos del homo faber, los cuales se hacen necesarios para satisfacer esas necesidades de las que la labor se encargaba.

## Algunas CONSECUENCIAS del consumismo

En una cultura consumista los bienes de consumo -siendo medios- se consideran como fines en sí mismos. El ciclo del consumo inicia con la identificación de una necesidad y termina con la consecución del bien que suple esa necesidad, y así sucesivamente en un círculo interminable. El problema se da cuando el hombre pone el sentido de su existencia en este movimiento constante, pues puede quedar encerrado en su autorreferencialidad.

El hecho de que los medios siempre remitan unos a otros, hace que el consumo nunca logre satisfacer las “necesidades” por las que se procuraron ciertos medios (*Corazón, 2007*). La insaciabilidad del deseo, por ser convertido en anhelo, se traduce en una percepción insatisfactoria de la vida misma, de una no completitud. Así pues, la sociedad consumista se enfrenta en conjunto a una crisis del sentido, marcada por una no-identidad.

La sensación de fugacidad que trae consigo el consumismo, puesto que nada es durable, lleva también a la pérdida de todo fundamento, pues lo único que se experimenta es que nada permanece. De modo que, como anunció Nietzsche al

afirmar: **¡Dios ha muerto!** (2007), ha muerto la idea de algo eterno, de algo que permanezca y que pueda ordenar todas las cosas, nosotros la hemos matado. Así pues, como afirma Byung-Chul Han: **“A la vida desnuda, convertida en algo totalmente efímero, se reacciona justo con mecanismos como la hiperactividad, la histeria del trabajo, la producción”** (2012, p. 29). De modo que, en profunda crisis, al hombre solo le queda la rápida cadena del consumismo, pues fuera de la hiperactividad se encuentra con la angustia de no poder reconocerse, de no poder definirse.

Como se explicó en el apartado Una sociedad de consumidores el deseo representaba de cierta manera una posibilidad, aunque muy superficial, de definirse por las posesiones; pero al ser este reemplazado por el anhelo ya no hay nada que identifique al hombre. Pues, al buscar identidad en lo efímero, el hombre se vuelve también pasajero. También afirma Han en *El aroma del tiempo*: **“la atomización de la vida supone una atomización de la identidad”** (2015, p. 10). Por lo que, ante esto, no queda más que el propio cuerpo y su cuidado.



Con respecto a la preocupación por el cuerpo surge una dicotomía entre salud y “estar en forma”. Una dicotomía que termina identificándose. Para hablar de un cuerpo sano debería haber una referencia a la salud integral del individuo, una preocupación auténtica por la condición de la persona. Estar sano, con la industrialización, se identificó con el estar en capacidades de trabajar, lo cual puede establecerse con precisión. Sin embargo, esto ha sido reemplazado, ahora, por el estar en forma, que suele ser algo difícil de determinar. Porque esto supone, más bien, una experiencia subjetiva de sentirse en la capacidad de cualquier cosa (Bauman, 2002).

Esta preocupación por el cuerpo, por estar en forma, pareciera que puede llevar a una serie de restricciones y a una vida ascética que poco sirven para la lógica de la sociedad de consumo (Bauman, 2002). Sin embargo, es todo lo contrario, en orden al cuidado del cuerpo, hecho templo, se despliegan una serie de estrategias que suponen la compra de una comida específica, la suscripción a un gimnasio y la adquisición de unos bienes específicos que contribuyan a permanecer en un estilo de vida fitness. Esto, aunque parece una sana preocupación por una salud integral, puede convertirse en una obsesión individualista que reduce la salud al estar en forma.

El egoísta, dirá Esquirol, solo piensa en sí mismo, porque su mirada está tan distorsionada que solo puede enfocarse en sus omnipresentes intereses (2006, p. 76). Con esto, afirma, entonces, que quien se ha sumido en su

individualidad no puede percibir al otro ni a lo otro. De modo que, procurando el cuidado de sí mismo por encima de cualquier otra cosa, se ha perdido la posibilidad de una mentalidad colectiva. No existe, ni siquiera, la preocupación por la construcción del mundo común al que refiere Arendt (2005).

Así pues, esta ambición incontrolable por el cuidado de sí mismo, por la satisfacción de los propios anhelos, se contraponen a la realidad de un gran número de personas que viven en suma pobreza. Respecto a esto afirma Adela Cortina:

*Una pequeña parcela de la humanidad consume para satisfacer no sólo sus necesidades, en el sentido más amplio del término necesidad, sino también sus deseos más arbitrarios e irrelevantes, mientras una gran parte de esa misma humanidad no puede ni satisfacer sus necesidades biológicas más básicas, así como sus necesidades culturales más elementales. (2002, p. 125)*

Con esto, se hace evidente que el consumismo puede conducir a un individualismo que llegue a alterar la armonía social. En el sentido de que ninguna satisfacción personal debería prevalecer sobre la calidad de vida con quienes se comparte el mundo común. Así pues, la conciencia frente a los bienes de consumo es a la vez un olvido de los otros. De los otros con quienes se comparte el tiempo vital, pero también con aquellos que vendrán.

Entonces, lo que se evidencia es que sí, en efecto, hay un intento de compromiso con el otro, pero es meramente externo. El individualista busca cuidar su conciencia aportando, sin que esto le implique demasiado de sí mismo.

“el individualismo no destruye la preocupación ética, (sino que) genera en lo más profundo un altruismo indoloro de masas” (Lipovetsky, 1994, p. 133).

De hecho, respecto a esto afirma Morin que **“el desarrollo ignora que el crecimiento tecnoeconómico produce también subdesarrollo moral y psíquico”** (2010, p. 69). Pues, el individualismo e inclusive la búsqueda de un cierto perfeccionismo y especialización en un área dan lugar a un ambiente de competencia que lleva al olvido de la solidaridad. Así, mientras unos se preocupan por acumular para tener bienestar, otros no tienen ni siquiera posibilidad de acceso a la educación y, con suma dificultad, solo pueden cubrir sus necesidades básicas.

Llama la atención, sin embargo, que las personas que concentran mayor dinero estén acostumbradas a dar algún donativo para los más desfavorecidos. Con este gesto pareciera que sí existiera tal solidaridad de la que Morin afirma que se ha perdido y surge la pregunta de cómo es la solidaridad del individualista. Entonces, lo que se evidencia es que sí, en efecto, hay un intento de compromiso con el otro, pero es meramente externo. El individualista busca cuidar su conciencia aportando, sin que esto le implique demasiado de sí mismo. De tal forma que se puede corroborar que **“el individualismo no destruye la preocupación ética, (sino que) genera en lo más profundo un altruismo indoloro de masas”** (Lipovetsky, 1994, p. 133).

Unido a esta pérdida de la armonía social, está la afectación al espacio físico compartido, el daño a la naturaleza que da vida. La instrumentalización de la Tierra deviene en un problema ecológico que se traduce hoy en cambio climático, contaminación, deforestación, especies en vía de extinción, en últimas, en un grave deterioro de la naturaleza. El homo faber, como dominante, termina haciendo suya la naturaleza. Y, **“atentar contra ella (la naturaleza) es, al mismo tiempo, atentar contra el hombre, y dominarla, dominar sobre otros hombres, pues las condiciones para el desarrollo de la vida humana han de ser producidas por el propio hombre”** (Corazón, 2007, p. 109). Esto, porque la instrumentalización de las cosas es también una instrumentalización del hombre mismo.

Cabe aclarar que la instrumentalización implica una degradación de todas las cosas en medios, por lo que se da una pérdida de valor intrínseco e independiente (Arendt, 2005). Con esto, por tanto, se da también una pérdida de significado por la imposibilidad de considerar las cosas en sí mismas. Esta no-significación de las cosas supone, entonces, una cierta enajenación de lo que es el mundo en sí, por haber quedado reducido a medio para fines, ya ni siquiera del hombre, sino del consumismo.



El consumismo, como elemento que define la existencia humana, ha llegado a su auge por el acelerado desarrollo de la ciencia y tecnología, que, si bien ha supuesto una serie de avances científicos, médicos e inclusive sociales, ha representado también destrucción, reducción de la persona, instrumentalización de la vida y de la naturaleza. Entonces, en favor del desarrollo parece que el hombre ha sacrificado lo fundamental, a sí mismo, por lo que cabe cuestionarse por la necesidad de unos límites.

De hecho, Platón, en el Teeteto, al hacer referencia a la máxima, atribuida erróneamente a Protágoras, de que el hombre es la medida de todas las cosas, se dio cuenta de que, si se coloca al hombre como medida de todas las cosas, este pasa a ser el usuario y el instrumentalizador y pierde su calidad de hacedor o pensador (*Martínez, 2007*). Por lo que se puede afirmar que, en algún sentido, Platón previó el peligro de la pérdida de lo humano por la instrumentalización.

Otra consecuencia derivada del consumismo es la denigración de la libertad humana. Pues, en una sociedad de consumidores, los miembros se creen libres de elegir entre las, aparentemente, muchas opciones del mercado. Sin embargo, el individuo solo puede elegir entre lo que se ha seleccionado previamente para ofrecer. Lo que evidentemente este no puede controlar. Por tanto, elegir se asemeja más a renunciar a la propia libertad.

Con la limitación de las libertades individuales, no hay lugar para una comprensión del ser humano en su dignidad personal como fin en sí mismo. Esto da lugar al menoscabo de una ética universal y, con esto, a la pérdida de responsabilidad, dado que son los consumidores quienes establecen las reglas y los límites morales, pero bajo el principio de placer. Esto lleva también a una enajenación política, en la que no se reconoce ninguna responsabilidad por el otro ni el mundo común.

En síntesis, la técnica debería cumplir su propósito de hacer a la Tierra hogar para los hombres, favorecer el espacio para la acción y el discurso. Sin embargo, se ha expuesto hasta el momento que la Tierra, por la instrumentalización, no es hogar, sino que se da como totalmente ajena. Entonces, lo que precisamente iba a servir al hombre para salir del ciclo de la vida biológica, lo ha alejado de la vida política y lo ha encerrado en el instrumentalismo utilitario, donde el producir y el consumo son la medida de todas las cosas.

El hecho de que la economía busque que los bienes de uso no generen una satisfacción duradera es porque de esta manera se puede someter al individuo a un estado de necesidad permanente, que solo puede ser subsanando por el consumo desmedido, lo cual limita la libertad y empobrece las capacidades del hombre para-hacer-mundo y ser-con-los-otros.

# CONCLUSIONES

A partir de lo expuesto, es posible afirmar que la imposición de la cultura consumista se identifica con el triunfo del homo faber bajo una mentalidad de laborante, en tanto que el hombre se encuentra sometido a la necesidad del consumo y las cosas han perdido su carácter de durabilidad. De ahí que todo trabajo o acción quede reducido a la labor, al estar mediado por el consumo. De ahí que la imposición de una sociedad de consumo amenaza, como cultura de masas, con arrastrar a sus miembros a un ciclo cerrado, donde las cosas aparecen y desaparecen, impidiendo que algo permanezca.

El hecho de que la economía busque que los bienes de uso no generen una satisfacción duradera es porque de esta manera se puede someter al individuo a un estado de necesidad permanente, que solo puede ser subsanando por el consumo desmedido, lo cual limita la libertad y empobrece las capacidades del hombre para-hacer-mundo y ser-con-los-otros.

*El triunfo del homo faber supone la justificación de todo medio como un fin y de todo fin como medio, por lo que aquello que era considerado como un fin en sí mismo, como es el caso del hombre y de la Tierra, puede ahora ser utilizado como medio. El consumismo favorece esta*

*inversión de valores, puesto que hace del hombre y de la naturaleza usuarios, pero también productos, al punto que pierden su valor objetivo por satisfacer necesidades subjetivas.*

En síntesis, estas problemáticas que se derivan de la producción y el consumismo exacerbado no dejan espacio a la acción, como actividad propia del hombre, que se da sin intervención de ningún bien o producto. La masificación que trae consigo el consumismo no permite que se dé la condición humana de la pluralidad propia de la acción y, por tanto, de la vida política.

Si bien el consumidor se encuentra condicionado por todos los elementos que se han señalado, no tienen un dominio absoluto sobre él. Porque, desde la propia racionalidad, el consumidor puede tomar conciencia de lo que consume y de cómo lo hace. Pues, solo retirando las gafas del consumo, el hombre podrá tener una visión crítica de lo que le acaece y lo que esto representa para él mismo. Solo en la medida que se dé esa emancipación, será posible salvaguardar lo humano: la libertad, la ética y la política.

## Referencias

- Arendt, H. (2005). La condición humana. Editorial Paidós.
- Arendt, H. (1964). La pluralidad del mundo.
- Bauman, Z. (2002). Modernidad Líquida. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007). Vida de consumo. Fondo de cultura económica.
- Corazón, R. (2007). Filosofía del Trabajo. Rialp.
- Cortina, A. (2002). Por una ética del consumo . Taurus.
- Esquirol, J. (2011). Los filósofos contemporáneos y la técnica. Editorial Gedisa, S.A.
- Esquirol, J. M. (2006). El respeto o la mirada atenta. Una ética para la era de la ciencia y la tecnología. Gedisa.
- Han, B.-C. (2012). La sociedad del cansancio . Herder.
- Han, B.-C. (2015). El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse. Herder.
- Lipovetsky, G. (1994). El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos. Anagrama, S. A.
- Martínez, M. Á. (2007). Del homo faber al animal laborans: la violencia de la racionalidad instrumental. En-claves del Pensamiento , 39-62.
- Morin, E. (2010). ¿Hacia el abismo? Globalización en el siglo XXI. Paidós.
- Nietzsche, F. (2007). La Gaya Ciencia. Edaf.
- Posadas, R. (2013). La vida de consumo o la vida social que se consume: apreciaciones sobre la tipología ideal del consumismo de Zygmunt Bauman. Estudios Políticos, 115-127.